

Los sociólogos y sus prácticas profesionales en América Latina

Juan Pedro Blois*

En las últimas décadas, los espacios laborales de los sociólogos en América Latina tuvieron un notable crecimiento y heterogeneización. Por un lado, las instituciones académicas experimentaron un proceso de profesionalización que, aun con diferencias en cada caso, ampliaron los lugares donde era posible dedicarse a la docencia y la investigación social. Por otro lado, un conjunto de instituciones no académicas comenzó a contratar un número cada vez mayor de sociólogos. Dependencias estatales, consultoras de opinión pública y agencias de análisis de mercado, grandes empresas privadas y ONG, emplearon sociólogos para realizar diversas tareas: diagnóstico, planificación, gestión, análisis organizacional, etc. Aunque no se tratara de un hecho sin precedentes, todo esto supuso una redefinición profunda del escenario de la sociología en nuestro continente.

La presente investigación procuró analizar los procesos de diferenciación profesional de la sociología en dos países con una importante tradición disciplinaria: Brasil y Argentina. La pregunta que la orientó es ¿cómo se relacionaron los procesos históricos de conformación e institucionalización de la disciplina en cada país con la constitución de las prácticas laborales de los sociólogos? Según entendíamos, la historia de una disciplina no es un pasado muerto, algo que simplemente pasó y que ya no tiene incidencia alguna. Por el contrario, las diversas tradiciones y modos de pensar la práctica de los sociólogos, configurados a lo largo del tiempo y apoyados en procesos históricos de más larga data, sedimentados en instituciones, disposiciones e ideales particulares, resultan fundamentales para entender el presente de las prácticas profesionales de la disciplina.

La elección de Brasil y Argentina resultó, en ese marco, de particular interés por tratarse de dos casos en los que la trayectoria de la sociología presenta profundas diferencias. Sea que se considere la relación que la disciplina construyó a lo largo del tiempo con el sistema académico, con las instituciones de fomento científico, con el Estado o con las elites políticas y sociales, las divergencias son notorias. Mientras en Brasil la historia de la disciplina puede leerse, en buena medida, en la clave del progreso y la consolidación, en Argentina, por el contrario, son las imágenes de la ruptura y la discontinuidad las que se imponen.

La investigación se estructuró definiendo una serie de ejes que facilitarían la comparación. Esos ejes buscaron hacer un contrapunto entre: 1) los tipos de inserción profesional de los sociólogos y los estilos de trabajo predominantes; 2) su relación con el Estado y otros actores sociales; 3) el rol y relevancia de los actores institucionales en cada campo (colegios profesionales, instituciones de fomento científico, etc.); 4) las orientaciones de los espacios de formación o carreras de grado y su vinculación con el mundo del trabajo; 5) las controversias en torno a la definición de la sociología y al rol que los sociólogos deben asumir en la sociedad. Para su respuesta se utilizaron distintos materiales y fuentes: entrevistas a sociólogos con diversas inserciones laborales así

* Licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Es profesor de teoría sociológica de la Carrera de Sociología de la UBA y del Instituto de Ciencias de la UNGS. Es becario posdoctoral del CONICET y becario de Consolidación de CLACSO. Sus principales líneas de investigación se inscriben en la sociología de las ciencias sociales y la sociología de las profesiones. E-mail: pedro.blois@gmail.com

como a informantes clave e investigadores especializados, material documental, información secundaria y el corpus de investigaciones disponibles.

Según pudimos apreciar, contra lo que se podría esperar a partir de historias y tradiciones institucionales muy divergentes, el proceso de diferenciación profesional que tuvo lugar en los últimos años en Brasil y Argentina presenta profundas convergencias. Aquí, por razones de espacio, y dada su centralidad y las consecuencias negativas que tiene para el desarrollo de la disciplina, nos centraremos en una de esas convergencias: la tendencia hacia la constitución de una sociología no académica heterónoma y de una sociología académica excesivamente “ensimismada”.

Cuando se observa el trabajo de los sociólogos en instituciones no académicas, es posible constatar, tanto en Brasil como en Argentina, una profunda debilidad frente a las demandas de los clientes o empleadores. A diferencia de otras profesiones donde se busca siempre asegurar una cierta independencia de criterio para definir la forma en que se satisfacen las demandas y se responden los encargos, los sociólogos tienden a amoldarse a sus pedidos pasivamente: su accionar responde de manera casi inmediata a los ritmos, orientaciones, preocupaciones o tiempos de quienes los contratan. La posición o potestad de un médico, un abogado o un ingeniero, que no toma en cuenta las opiniones de su paciente o cliente a la hora de fijar sus diagnósticos o estrategias no es pensable para el caso de los sociólogos, incapaces de reivindicar ciertos tiempos mínimos en sus respuestas o de reelaborar de manera más “profunda” o “sociológica” las problemáticas que les son dadas. Por el contrario, según suele ocurrir, quedan presos de la lógica del mercado o de la organización burocrática donde el que paga los servicios impone los criterios a partir de los cuales se realiza el trabajo.

En contrapartida, la sociología practicada en los espacios académicos ha venido tomando distancia de las audiencias o públicos más amplios. Tal situación puede vincularse con el proceso de consolidación del sistema científico que, tanto en Brasil como en Argentina, ha generado un entramado institucional que tiende a premiar de manera creciente aquellas iniciativas vinculadas a la producción destinada a los propios pares (la publicación de artículos, la participación en congresos, etcétera) en detrimento de aquella volcada hacia “fuera” (la divulgación, la transferencia, etcétera). Esa situación conlleva, como correlato ineludible, una cuota creciente de “autorreferencia” o “ensimismamiento”: para buena parte de los académicos sus únicas audiencias o públicos son sus estudiantes y colegas.

Tiende a configurarse, de ese modo, una escisión entre, por un lado, una sociología que interviene activamente en la producción y reproducción de instituciones de fuerte gravitación social (a la hora de definir, por ejemplo, las campañas publicitarias de las grandes empresas o la política social del Estado) pero que, dada la escasa autonomía que reclama, es incapaz de poner en juego una mirada “propia” o “crítica”; y, por el otro lado, una sociología que, libre de las preocupaciones u orientaciones de clientelas o públicos profanos que pudieran coartar sus horizontes o “imaginación”, termina, sin embargo, presa de una lógica ensimismada en la que no es inusual que la producción del conocimiento aparezca como un fin en sí mismo.

Para muchos graduados, tanto en Brasil como en Argentina, esta situación constituye una fuente de profundo malestar y desencanto con su disciplina. Hay quienes en la academia quisieran desarrollar una tarea que permitiese poner en juego algo de la vocación por la intervención “concreta” en la sociedad (vocación que en muchos casos los llevó a estudiar sociología) y se quejan de un sistema de evaluación y acreditación que tiende a ponderar excesivamente el trabajo dirigido a los propios pares. También hay quienes, desde su inserción en el mundo no académico, quisieran acceder a una

mayor autonomía frente a sus clientes o empleadores, autonomía que los posicionara mejor para plantear estudios de mayor aliento, profundidad o rigor (y que, por lo mismo, les resultaran más “interesantes”).

Semejante situación, de profundas implicancias políticas, plantea la necesidad de repensar el rol de las instituciones de la disciplina y su accionar en el marco del proceso de diferenciación profesional de la sociología. ¿Cómo deben vincularse las carreras y espacios de formación con un mundo laboral en cambio? Cuando se plantea esta cuestión, suelen movilizarse dos posiciones opuestas. De un lado, están quienes creen que esos espacios deberían procurar una relación más estrecha con las esferas laborales, incorporando contenidos más “aplicados” o “técnicos”. Del otro, están quienes pensando que tal tentativa conllevaría una inevitable “instrumentalización” de la disciplina a las “necesidades del mercado”, defienden la reproducción de un modelo académico indiferente a los cambios en marcha. Tal indiferencia es criticada por los primeros para los cuales no se puede desconocer el hecho de que buena parte de los graduados no van a dedicarse a la vida académica.

Ahora bien, ¿tales respuestas son las únicas posibles? ¿Se trata de una opción de todo o nada? ¿No sería posible pensar vías intermedias? Cabría preguntarse aquí si la discusión abierta e informada sobre lo que implica trabajar fuera de la universidad no podría ser un factor que fortalezca la posición de los futuros sociólogos de cara a la demanda. ¿La reflexión sobre el trabajo en el Estado, en una empresa, en una ONG, no mejoraría las posibilidades para reclamar la indispensable autonomía que la sociología, como las profesiones, requiere frente a los problemas planteados por un cliente? ¿El apego a un modelo académico que desconoce y desconfía de las inserciones que responden a una demanda particular no debilita el propio accionar de los sociólogos que allí se emplean, contribuyendo así a producir aquello que justamente denuncia –la instrumentalización de la sociología en favor de los intereses del cliente, su perniciosa “mercantilización”-? Por otra parte, ¿cuál debería ser el rol de las instituciones que buscan representar la sociología como una profesión (signadas, tanto en Brasil como en Argentina, por una marcada debilidad)? ¿Una “corporación” sociológica más fuerte no facilitaría el establecimiento de ciertos criterios básicos a la hora de responder a sus demandas y encargos?

Desde luego, no existen modelos ideales o soluciones listas para ser implementadas. La relación de una carrera con el mercado de trabajo o el grado de autonomía que la disciplina debe reclamar son cuestiones que se resuelven en la práctica de acuerdo a situaciones y desafíos concretos. Ahora bien, una respuesta adecuada o eficaz sólo puede provenir del diálogo e intercambio de la comunidad de sociólogos. De lo que se trata es, antes que encerrarse frente a una realidad cambiante, de promover esos diálogos e intercambios, únicos capaces de motorizar la reflexividad o “autoanálisis” de los sociólogos y ponerlos en mejores condiciones de dominar los condicionantes o determinismos sociales a los que ellos, como el resto de miembros de la sociedad, están sometidos. Sólo allí será posible alimentar la vocación que desde sus mismos orígenes, tanto en Brasil como en Argentina, ha orientado a la sociología: conocer el mundo para transformarlo.